



Cuento

LA TETERA

Por ELISA SERRANA

HE MIRADO esta mañana la tetera, bronce y porcelana, que ha vivido a mi lado una existencia llena de altos y bajos, como la humana. Centro de atracción, olvido, anonimato o gloria, como si fuera una parte inerte de mí misma. Es vidente mi tetera y, en cierta forma, catadora de almas. Desde su bronceada base, sin tensión ni llanto, sin calor ni sentimiento, observa a los seres y su mirada de metal, esta mañana, me ha arredrado. Aunque reconozco la relatividad de todo juicio, por demasiado simple, obvio o intricado, lo interpreto y anoto:

La compré en un negocio del Mercado. Resistía capas de polvo y años de olvido. Cierta elegancia vieja y tranquila me obligó a adquirirla a un precio, descastado como ella, fluctuante entre los quinientos y cien pesos. Entró en mis brazos a la casa como una novia; y, como muchas novias, en los siguientes años subió y bajó de categoría, según los servicios que era capaz de prestar.

Cuando el salón comenzó a llamarse *living room*, la tetera era ya parte: de la cómoda francesa había pasado junto al jarrón, para caer, con los años, en la chimenea, cerca del fuego, donde hacía amago de ofrecer bebidas cálidas para atender a quien llegase; pero ningún sediento le pidió agua para preparar su té y ella perdió sentido. Se volvió puramente estética y se cubrió de hollín. Mas con el tiempo venció a las porcelanas orientales y más tarde a las italianas, que terminaron de quebrarse, porque tan veleidosas son las modas como frágiles las porcelanas, y volvió la tetera, bronce y años al fin, a ocupar sitio principal.

Ahí está ahora y la miro porque me gusta; la trato con benevolencia porque es vieja, y con desprecio porque la he visto demasiado; la olvido, porque es mía; la quiero por inservible y sobria; es noble y resistente como una parienta que desde su sitial decoroso descubre todas las cosas.

Entró hace mucho a la estancia un joven escritor de moda, de ingeniosas ideas, aplastadora erudición y bien evi-

dente. No miró la tetera. Era un intelectual, despectivo de forma tan tangible y cercana, planeaba su verbo por sobre la pieza y sobre mí, intocado por tal materia. Para esos seres superiores que tienen el privilegio de haber descubierto lo esencial, ¿qué importa una tetera? Después de él muchos otros artistas han estado, palabristas también, no ven mi pobre tetera. Pero ella sabe que hay seres alados que escriben y se escriben, no perciben lo inútil, inútil para ellos claro está; no gustan de lo ajeno, si no se les aplica se comprende; no cogen lo secundario, si no secunda a su primario es obvio; no tocan más que sus propias manos cuando cogen las manos ajenas.

"No juzgues, le digo, eres injusta con los vivos. ¿No ves que son capaces de exaltación, que chupan sangre y la vierten cuando un asunto lo merece: su última publicación, la frase bien lograda, la necesidad del crítico, la estupidez del contendor, el plagio, la copia, el desafío del público, la admiración, el éxito, la réplica?"

Interesados en sus cuentos, dramas o novelas, como no ven a la tetera, se desnudan ante ella dejándola intacta, anónima, virgen a las miradas, tan vírgenes como están ellos a todas las miradas.

Entró una vez una mujer que espiaba cada sitio con la ansiedad del que teme se le escape algo. Dio algunas vueltas por la habitación y se detuvo ante la tetera. Alzó la voz, que se volvió graznido al exagerar su belleza: "¿Cómo la conseguiste?" "¿No podría encontrar yo otra igual?" "¿Cuánto te costó?" "¿Dónde?" "¿Cuándo?" La coge del sitial, la vuelve para desentrañar la base; hay que indagar años y procedencia, y ¡por fin! la deja, pues tiene apuro por instalarse en el sillón: "¡Qué bien quedaría en mi living!" "Es justo lo que necesito." "¿No me la venderías?" "Dime... dime en cuánto..." "Podrías comprarte otra cosa. Además, en tu condición económica no creo que te venga mal una platita. Píde lo que quieras. Es claro que toma en cuenta que no es una cosa de valor, está en bien mal estado y yo

la quiero sólo por un capricho personal, no por que crea..." "Tengo que decorar un pequeño bar, así... con cosas raras. ¿Comprendes? Te hago inmediatamente el cheque. ¿Cuánto? Apúrate antes que me arrepienta. ¡Mira que encantarme por esta porquería!"

Me ahoga. Me ofende. Me seduce. Me tienta, me halaga y me desprecia, y tiene la vulgaridad de creer que una tetera tiene precio.

Otras mujeres llegan, claro está. Todas ellas con distintos modales. Unas sólo insinúan que desean la tetera, otras la envidian en silencio o la ignoran. No siempre necesitan escharbar la base para saber su historia; la miran con ojos de cifra, sin alardes o sincera admiración: "Deberías ponerla sobre una piedra de iglesia, de esas antiguas, sucias, auténticas, o tal vez sobre un trozo de madera natural." Me compadecen por no tener más soporte que una vulgar cómoda. Han hecho del buen gusto una profesión hierática, viven sobre una nueva ola y si de ella resbalan no sabrán de cuál tomarse. Por la forma de hablar, comprendo que saben de memoria las expresiones en uso y, por la forma de mirar la tetera, sé qué cosas admiran y cómo será su casa (también lo sabe la tetera). ¿De vidrios inmensos? Esteras de cáñamo cubrirán el piso y sobre las consolas dormirán reliquias de dudosa procedencia diaguita o pascuense. Porque una opalina o un brocado es admirable para gentes burguesas y hoy debe uno rodearse de cacharros de bronce y figuras de greda.

No hace mucho me visitó una anciana, que desde muy joven cambió la risa por una tez sin arrugas. Se sentaba erguida y circunspecta. Recorrió con los ojos la habitación, ojos clementes, llenos de misericordia. Hablaba en general de todas las cosas para disimular su verdadero pensamiento o para no arriesgar una opinión. Sólo al despedirse se atrevió a decir, porque la discreción ayuda a conservar la juventud: "Bueno... en materia de gustos no hay nada escrito. ¿No te quedaría mejor un jarrón Rosenthal?"

También estuvo un árabe demasiado rápidamente enriquecido. Sencillos, honestos sus juicios y definitivos. Miró la tetera y dejó ver anchos dientes blancos, como postizos: "Yo hago pintar mi casa todos los años —dijo—, pero comprendo que a otros les gustan las cosas sucias." Sacudió los hombros con ademán incontaminado, seguro de su poder y el sitio adonde debe arribarse. Tenía razón: si el dinero no alcanza para tener todo nuevo, ¿para qué diablos sirve el dinero?

Tengo una amiga. Suele visitarme y me agradan su voz, sus chismes y sus cigarrillos norteamericanos, pero más que nada me agrada su admiración por mí. Usa guantes muy finos y un suave perfume la envuelve. Pregunta por cada miembro de la familia y profundiza en los problemas humanos. Cumplidos los deberes de cortesía y amistad, pasea la vista por la pieza, pestañea levemente ante algo que le gusta y recuerda con exactitud el lugar donde se compró el cenicero. Viste generalmente de azul y jamás se pone anteojos; por ello frunce algo los párpados ante la tetera, la luz del sol que entra por la ventana o alguna de las chicas que entran por la puerta.

"Es bonita —dice sobriamente—, y original."

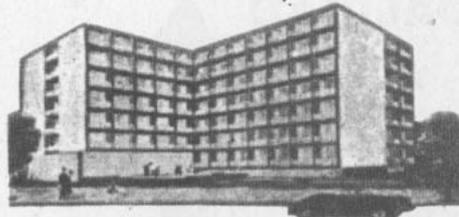
Como la escena se repitiera más o menos igual en cada encuentro, supe que llegaríamos a ser amigas. Me lo dijeron su mirada miope, sus gustos vagos, leves, mundanos. Su equilibrio me pareció necesario, también justo y ponderado su aprecio de los valores. Nada de excesos. ¡Qué armoniosa! Comprendí que una persona así puede apreciar un libro sin conocer profundamente la literatura; que es compasiva con los pobres, pero odia el comunismo; que cumple sus deberes primordiales sin detenerse a analizar la angustia con que viajan los hombres; que acepta con agrado la belleza y sin pasión la fealdad. No dirá: "tienes corrido el punto de la media, ni para qué he venido a este mundo."

Las mujeres reaccionan en forma diferente: otra amiga mía, amiga íntima por muchos años, vino ayer a verme. Giró por la habitación repitiendo: "Qué amoroso." "Qué ideal." "Qué lindas cosas tienes." Se detuvo cerca de la tetera, no más de un instante, y gritó: "Cómo, esta tetera es nueva... nunca la había visto." ¿No habrá mirado nada ni visto a nadie? No reconoce lo visto, no busca algo por ver, gira y mira: "Y esto... no te lo conocía." Ya lo sé. Se han cansado de uso sus frases. "Está ahí desde toda la vida, como yo estoy aquí", le respondo. "No te lo puedo creer... ¿Sabes?, tampoco me había fijado que tienes los ojos claros."

No necesita ser muy perspicaz la tetera para comprender que no nos ha mirado nunca, ni a ella ni a mí.

Acabo de detenerme yo misma a mirar la tetera, bronce y porcelana fiel, y he tomado la decisión. La llevaré al desván. Para que vuelva a ser ella misma lo que un día fue: artefacto inútil y bello. Para que la cubra el polvo y la maltrate el olvido. Merecería su lealtad otra suerte, pero no la quiero cerca de mí: me dejará rodeada de puros esqueletos. ★★★

La gran atracción de
VIÑA DEL MAR es el



HOTEL SAN MARTIN

8 Norte con San Martín

200 habitaciones con radio,
teléfono y vista al mar.

BAR — PELUQUERIA — COMEDORES

Abierto todos los días del año.

FONO 881005 — VIÑA DEL MAR



Compre
ahora

Rosita

Su impresión en roto-
grabado, su nueva
compaginación
y su material espe-
cialmente seleccio-
nado han transfor-
mado a "Rosita" en
una revista moderna dedicada a todas las
mujeres.

NO OLVIDE, EL MARTES ES EL DIA QUE
APARECE "ROSITA"

Su precio es sólo de E^o 0,40.